



Los Ejeas 13.9.72 (Supl.)

TERRITORIOS

695118



El chileno no puede contar como un idilio la historia de su patria. Ella ha sido muchas veces gesta o, en lengua militar, unas marchas forzadas.

Esta vida tal vez tenga por símbolo directo la piedra cordillerana. Cuando yo supe por primera vez que existían unos Andes boscosos, una cordillera vegetal, me quedé sin entender. Porque los Andes míos, aquellos en que yo me críe, aparecen calvos y hostiles y no tienen más sensualidad de color que su piedra ardiendo en violeta o en siena, o disparando el fogonazo blanco de sus cumbres.

Al decir "los Andes", el ecuatoriano dice "sierra"; otro tanto el colombiano. Nosotros al decir "cordillera" nos referimos una materia porfiada y ácida, pero lo hacemos con un dejo filial, pues ella es para nosotros una criatura familiar, la esmeralda original. Nuestro testimonio más visible en los mapas resulta ser la piedra; la memoria de los mitos rebosa de cerros y serranías; la pintura de nuestros paisajistas anda poblada de la fosforescencia blanqueada bajo la cual vivimos. El hombre nuestro, generalmente corpulento, parece piedra hincada o pedón en reposo, y nuestros muertos duermen como piedras lajas desveltas a sus cerros.

El lenguaje está lleno de sentidos peyorativos para la piedra, pero yo, hija suya, quiero los aspectos maternos que ella tiene para el indio-español: la piedra lo comensó todo en el Cauca y el Yucatán precolombinos; en la colonia española ella volvió a prestarse para levantar el templo, la casa gubernamental y las amplias moradas que todavía proclaman un estilo de vida de gran dignidad. La piedra es la meseta sudamericana, es decir, la aristocracia de clima, luz y de vistas; ella regala los lugares más salubres donde no existen la malaria ni la cénaga, enemigos del alto y la piel.

Abandonada por cuatro siglos, la constructora parece ahora resacas, aunque sea molida, en llamado piedra artificial, señora en Nueva York y en Río de Janeiro, vuelve ella restableciendo en el horizonte lo aquilino, lo avisor, el poder sobre el espacio y el alarde de la luz.

La piedra forma el respaldo de la chilendad; ella y no un tapiz de hierba sostiene nuestros pies. Va de los Andes al mar en cordones o serranías, criándonos una serie de valles, se baja dócilmente hacia la

made Cordillera de la Costa, y juega a horros colinas después de haber jugado a amasar gigantes en el Campanario y en el Tupungato. Ella parece seguirnos y perseguirnos hasta el extremo sur, pues alcanza a la Tierra del Fuego, que es donde los Andes van a morir.

Pero, se dirá, la vida no prospera sobre la roca y sólo medra en lomas fértiles. ¿Dónde escapar de ella para crear la patria?

Y la respuesta está aquí. Todos recuerdan los castillos feudales y los grandes monasterios medievales de Europa, cuyo muro circundante es de piedra absoluta, de piedra ciega que no presenta nada al que llega. La puerta tremenda se abre y entones aparecen un jardín, un parque, un viñedo y otros verdes espacios más.

Chile da la misma sorpresa. Se llega a él por "pasos" cordilleranos y se cae bruscamente sobre un vergel que nadie se esperaba; o bien, se penetra por el norte y pasando el desierto de la sal se abre a los ojos los valles de Copiapó, el Huasco y Elqui, frentes de vida y blanqueos de hielos; o bien, se entra por el Estrecho de Magallanes y se recibe un país de hierba, una ondulación inabarcable de pastos. Se avanza hacia el centro del país con el aliente de esta provincia botánica y allí se encuentra, al fin, el agro en pleno del llano central, verdadero valle del Paraíso, tráfido en una oferta del paisaje y de logro a la vez. La región es nuestra revancha tomada sobre la piedra invasora, una larga dulzura donde curar los ojos heridos por los filos cordilleranos.

El país, llamado por muchos "arca de piedra", lo mismo que el cobre de los cuentos árabes, es este largo tesoro. Por lo cual la clasificación de Chile se hace harto difícil. Allí existe tanta blancura de lomos bajados de la mole cordillerana, y como tanto resplandor floral a lo largo de las provincias centrales, y es tan ancha la banda de ponar que cubre el sur, que el clasificador simplista se ve en apuro; la piedra se retiró bruscamente hacia el este, el desierto del norte se anula como una ilusión óptica y el famoso Chile frío de la nutrida y de los pingüinos se le desbaza como un juego de espejos. Un sol semejante al que alabaron los poetas mediterráneos brilla sobre el Valle Central, humanizado paisaje y costumbre, y la raza bondadosa labra magistralmente, porque el chileno cuenta sus orígenes cuatro mil años de sabiduría agrícola vasco-árabe-española.

CHILE Y LA PIEDRA

Gabriela Mistral -1889-1957-, Premio Nobel de Literatura

1945; Premio Nacional de Literatura 1950, escribió este

texto donde afirma que el lenguaje "está lleno de

sentidos peyorativos para la piedra, pero yo, hija suya,

quiero los aspectos maternos que ella tiene para el

indio-español."

Chile y la piedra. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Chile y la piedra. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile